

El materialismo en *Navidades de Madrid y noches entretenidas* (1663) de Mariana de Carvajal y Saavedra: clase social y otras obsesiones

ROBIN ANN RICE

Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla

El texto *Navidades de Madrid y noches entretenidas* de Mariana de Carvajal es un compendio de costumbres y prácticas del siglo XVII español. En efecto, está repleto de descripciones detalladas del vestuario, etiqueta social, rangos aristocráticos y las costumbres cotidianas en el momento más álgido del Barroco. Es un friso que retrata una especie de cultura colectiva de la urbanidad madrileña incluyendo sus manías y preocupaciones. Mariana de Carvajal habrá sabido de la problemática de aquella época porque vivió sus propios conflictos que eran simulacros de ciertas obsesiones del Barroco todas relacionadas con la crisis social que caracterizó el reinado de los Austrias Menores (Felipe III, Felipe IV y Carlos II). El propósito de este estudio es de explorar cómo ilustra Mariana de Carvajal el nerviosismo secular sobre la situación económica, nobiliaria y de supervivencia social en sus novelas. Además de enseñar la problemática general urbana, hay ciertas características que aluden a situaciones que De Carvajal vivió personalmente. Entonces, en lugar de ser un escrito costumbrista, es realmente un modelo topográfico de las dificultades de vivir el Barroco tanto al nivel personal como al nivel comunitario.

La novela corta se utiliza para representar los paradigmas sociales en los cuales se inserta la problemática personal de Mariana. El linaje de la escritora es de Granada, de las casas ducales de San Carlos y de Rivas, pese a que nace en Jaén (Soriano, 1993: ix). Su marido, don Baltazar funge como funcionario del Consejo de Hacienda, y, ellos, como cientos de otros en la misma situación, se trasladan a la Corte. Se especula que sus ingresos, los que recaudara don Baltazar en la Corte y las rentas de Mariana, no bastaran gracias a la nutrida prole que tuvieron. Las numerosas menciones de problemas relacio-

nados con dotes en sus novelas y el énfasis en puestos burocráticos y cortesanos quizás pudieran tener que ver con el hecho de que Mariana se quedó viuda en 1656 con tres hijos y seis hijas (Soriana, 1993: x). Como nos recuerda Dámaso Chicharro (2005: 98-9):

en el momento en que Mariana de Carvajal escribe su novela, ella es consciente del contexto en que vive y de su situación como pretendiente de favores, como uno más de los múltiples que se instalan en la Villa y Corte para mejorar su situación; [...] Madrid es entonces el núcleo [...] al que llegan todos los personajes que quieren mejorar su estatus social. Ella misma forma parte de ese grupo de pleiteantes y pretendientes [...] Ella conforma ese grupo social de meritorios, perteneciente a la nobleza baja o media-baja, que se ha convertido en protagonista de toda la novela corta.

Subyacente en todas sus novelas, la escritora sugiere el nerviosismo secular por no descender en el abismo del pueblo desclasificado.

Enviudada, Mariana tuvo que pedir grandes favores para colocar sus hijos en situaciones benévolas, según las expectativas de su clase social. Los amparos resultaron en la distribución de algunos de sus hijos a puestos religiosos y burocráticos honorables. Por ejemplo, el arzobispo de Toledo le beneficia con una libranza para que su hija pueda profesar en el convento de Agustinas Recoletas de Granada. Consigue que un hijo goce de una pensión eclesiástica gracias a la intervención de Felipe IV. Entre las mercedes reales que alcanzó, su hijo Rodrigo fue decorado con el hábito de Santiago. También, se sabe que otro hijo fue escogido como paje del Gran Maestre de San Juan en Granada. Pero, quizás el dato más revelador sobre su situación económica es que tuvo que suplicar al Rey el pago de una pensión perteneciente a su marido (Soriana, 1993: x-xi). En ningún momento, sugiero que las novelas sean autobiográficas, pero si la novela corta española, en general, tiene una predilección por captar la vida cortesana y otras realidades y representaciones de esta clase ya devaluada, cambiada y de funciones ambiguas, es normal que Mariana, siendo protagonista ella misma de este ámbito, teje sus novelas con experiencias o preocupaciones y observaciones de sus mismas vivencias.

De Carvajal es muy específica en su trato de ciertos temas. Los múltiples títulos nobiliarios mencionados, tanto los menores como los mayores están perfectamente bien descritos. Juegan un papel de diferenciación moral y de carácter en sus textos: en las novelas, forma es definitivamente fondo. El tema de la dote es fundamental, nunca escatima señalar la cantidad y la manera en la cual fue conseguida, o, peor, no conseguida. El vestuario de sus personajes está descrito con todo el lujo de detalle y el tipo de pasatiempos que ocupó sus días. Las demostraciones de afecto, reverencia y respeto están puntualizadas aunque no aportan al avance de la trama. En fin, si los personajes y los argumentos son importantes en las novelas, resulta aun más pertinente describir de qué manera materialmente éstos subsistieron.

La España del siglo XVII es un siglo de crisis. El catalizador de esta crisis sociológica y cultural, es, como suele pasar en todas sociedades, una crisis económica: «Todos saben que en el XVII español la monarquía española se enfrentaba con asfixiantes dificultades hacendísticas» (Maravall, 1998: 56). Esta crisis hacendística crea conflictos en la aristocracia que no sabía ajustarse a la modernidad y todas sus repercusiones. Los nobles

no estaban preparados para buscar su propio enriquecimiento. Vivían de sus títulos y de la Corte. Por esto, las novelas de Mariana recalcan esta problemática que se convierte en hilo conductor de la mayoría de sus textos.

Felipe IV tenía que exhortar a los grandes y títulos de regresar a sus tierras de origen. Tenía dos propósitos: uno era de hacerlos volver a los pequeños poblados para trabajar la tierra, ser productivos y descongestionar las grandes urbes de Madrid, Sevilla y Granada. El segundo propósito era de desahogar el gasto que provocaba el gran número de personas que vivían materialmente de una Corte con problemas financieros (Maravall, 1998: 208-10). Una vasta población desidiosa intentaba mantenerse en esta Corte devastada. Por esto, no es de extrañarse que Mariana de Carvajal recalque en todas sus novelas lo material y lo monetario. Era claramente fuente de mucha ansiedad tanto en la sociedad como su vida personal: «la venta de títulos, hidalgúas y encomiendas acentúa la caída de los valores de la vieja sociedad, dando mayor relieve a los valores económicos» (Maravall, 1998: 287).

Mariana de Carvajal, a diferencia de María de Zayas, no retrata grandes crueldades cometidas contra sus mujeres. Sin embargo, hay ciertos conflictos formulados en su texto, tanto de género como de clase social que son indicativos del entorno desequilibrado y combativo que atestiguaban las poblaciones del siglo:

hemos señalado las tensiones sociales conflictivas, sobre cuyo movedizo suelo se apoya inestablemente la sociedad del siglo XVII, de lo cual procede la inestabilidad característica de las producciones de la cultura barroca. [...] Esas tensiones que de ahí surgen afectan a la relación de nobles y pecheros, de ricos y pobres, de cristianos viejos y conversos, de creyentes y no creyentes, de extranjeros y súbditos propios, de hombres y mujeres, de jóvenes y viejos, de gobierno central y poblaciones periféricas, [...] Motines, alborotos, rebeliones de gran violencia los hay por todas partes (Maravall, 1998: 108-9).

Efectivamente, los personajes de Mariana frecuentemente manifiestan un nerviosismo sobre un potencial descenso al reino del Otro. Explicaciones no pedidas y extraños detalles que no sean medulares al argumento parecen funcionar como defensas contra una posible invasión por el *Otro*.

Títulos nobiliarios, naipes y materialismo en *La dicha de Doristea*

En la novela segunda, «La dicha de Doristea», los protagonistas y otros personajes que interactúan con ellos, son descritos por títulos nobiliarios y posesiones. Hay más de 20 menciones de rangos aristocráticos y otra docena de especificaciones de cantidades monetarias y detalles suntuarios referidos en esta pequeña novela. La historia es sencilla. Doristea es dejada huérfana con su tía Estefanía. Claudio, un galán disipado, desea casarse con ella pero la tía le niega este privilegio por tener mala fama. Para vengarse contra la tía, Claudio convence a Doristea de escaparse con él con la promesa de matrimonio. Ella acepta y llevando consigo muchas joyas, se van juntos. En un bosque, como parte de su plan de venganza, intenta abusar de ella. Por suerte, un caballero, don Carlos,

escucha las intenciones del villano, Claudio, lo mata y rescata a Doristea. El resto de la historia es sobre el intento de convencer a Doristea de casarse con él.

Hay varios temas en la novela que subrayan verdaderas obsesiones del siglo XVII y de Mariana de Carvajal en sus escritos. El primero, es el énfasis en títulos nobiliarios y la importancia de mantenerse en la Corte cabildeando por ascensos y estipendios. Además, el énfasis en el dinero y objetos de lujo para la definición fundamental de la persona es un hilo conductor en las novelas. Curiosamente, cuando se trata de parejas, la fórmula argumental es de emparejar una persona de orígenes muy nobles que ya no goza de riqueza con otra que sí ha podido mantener su nivel económico gracias a puestos y títulos. Lo que no permite la escritora es el emparejamiento de dos nobles dilapidados. Creo que tal situación hubiera creado zozobra y perturbación en la audiencia áurea. La problemática del juego de cartas es una preocupación de la autora que se ve retratada en esta novela.

En el «Prólogo» a su edición de *Navidades de Madrid*, Catherine Soriano discurre sobre la posible adicción a las cartas de don Baltasar, esposo de Mariana de Carvajal. La situación económica de la familia era siempre inestable: «a pesar del sueldo del esposo y de las rentas de doña Mariana; aunque también pudiera ser que don Baltasar, como muchos otros caballeros de su tiempo, fuese demasiado aficionado al juego» (Soriano, 1993: x). Sabemos que en las grandes ciudades como Sevilla y Madrid había cientos de casas de juego. La peor pesadilla de cualquier mujer era un marido que sufría de la ludopatía. Si el dato sobre don Baltasar es cierto o no, hay un miedo latente que tiene testimonio en las menciones textuales de personajes que han despilfarrado el dinero familiar en los juegos. En «La dicha de Doristea», en las primeras páginas, De Carvajal relata que el villano Claudio y: «sus muchas travesuras echaron a pique el corto patrimonio de su anciano padre, y por última resolución le quitaron la vida. [...] Quedó el desbaratado mancebo libre y pobre, tan llevado de su mal natural que vivió, a fuer de valiente, con lo que sacaba de las cartas de juego» (169-70)¹. También, hay referencias de protagonistas moralmente rectos conectados con el juego de cartas, pero, claro, las descripciones de ellos son de sus ganancias. En el caso del futuro esposo de Doritea, Carlos, él mismo cuenta: «[s]ucedíome una noche ganar al juego una gran cantidad. Salí tarde de la casa de juego, y unos hombres me salieron al encuentro» (175). En Carvajal, el acto de jugar a naipes es normalmente retratado negativamente. Sin embargo, en estos ejemplos, vemos que el despreciable Claudio pierde su dinero, reputación y provoca la muerte de su padre por ser adicto a las cartas. En el caso del magnánimo Carlos, él también tiene el hábito, pero es captado como un gran ganador en los juegos.

Los títulos nobiliarios son de suma importancia en el Barroco, y, esto se ve reflejado en las novelas de Mariana. La crisis social que viven los españoles en el siglo XVII se intenta remediar, en parte, custodiando el orden tradicional de las clases. En tiempos de caos, los títulos ayudan a ponderar los grupos sociales. Hay «una vuelta al aristocratismo [...] una vuelta a la autoridad, a la estructura aristocrática de los vínculos de dependencia

1. La documentación de las citas de las novelas de Mariana de Carvajal tendrán únicamente los números de páginas de la edición de Dámaso Chicharro.

y al régimen de poderes privilegiados, en la etapa del Barroco» (Maravall, 1998: 72-3). Incluso, algunos autores hablan de un odio entre nobles y plebeyos (Maravall, 1998: 112). Por el otro lado, como documenté sobre la vida de la autora, los títulos y puestos administrativos de abolengo medio, eran críticos para la supervivencia de la viuda De Carvajal y sus hijos.

La opinión ajena era sumamente importante en el Barroco. Maravall habla de:

la ostentación como ley que rige en todo el área de esa cultura [...] la ostentación es ley de la gran ciudad, en una sociedad con régimen de privilegios. [...] En una sociedad con grandes diferencias en la estratificación, la distinción social alta se basa en el poder de disponer sobre una gran masa de bienes y personas (1998: 250-51).

Por esto, la autora patentiza todo con cantidades monetarias exactas, las herencias, dotes, costo de fiestas, vestidos, joyas, etc. Estamos en una sociedad en la cual los nobles están perdiendo su rango y el punto de diferenciación es el poder económico.

Esta obsesión y el recalco de títulos y puestos nobiliarios están intercalados en las historias. En el caso de la segunda novela, «La dicha de Doristea», los protagonistas son definidos y avalados por sus títulos. El padre de Doristea era «un veinticuatro [...] de lo más noble», casado con «una señora de las más principales y ricas» (169)². Pese a que muchos caballeros querían casarse con ella, el padre de Doristea se les negó la posibilidad por «parecerle que su calidad y riqueza podía aspirar a un título». Doristea se quedó huérfana y se fue a vivir con su tía Estefanía de la cual, casi el único dato que tenemos es que tenía «diez mil ducados» que pensaba heredar a su sobrina aunque la niña gozaba de «la mucha riqueza de su padre» (169).

Un caballero, Claudio, «más noble que rico» que se había metido en problemas con la ley, costó a su papá «seis mil ducados» para liberarlo de la cárcel. Claudio «confiado en su nobleza» pidió la mano de Doristea, la cual se le es negado por ser pobre. Doristea decide huir con él y lleva consigo: «ocho mil ducados en lucidos doblones y ricas joyas» (171). La tía de Doristea, le arregla un matrimonio con alguien más conveniente: «un indiano poderoso» (170). Antes de escaparse con Claudio, Estefanía: «le dio a la sobrina una cadena de muchas vueltas de perlas muy gruesas, y atada en ella una joya de diamantes». Sin embargo, Doristea huye con el villano Claudio y lleva consigo «una maleta con el tesoro» (171).

Claudio la maltrata en el camino y Doristea le insta irse llevando su tesoro del cual exclama: «pues vale más de ocho mil ducados». Llega al lugar, por casualidad, Carlos que la rescata y mata a Claudio. Se hospedan en una venta. Cuando quieren viajar a un lugar más seguro intentan procurar un coche o una litera, por lo cual, Doristea aconseja: «Si vuesa merced fuera a la Corte, tuviera una litera que está de retorno». Carlos contesta: «Importa [...] que sea para la Corte, que el dinero lo allana todo». Consigue lo que quieren, y Carlos da «unos doblones a buena cuenta» por la ayuda (172-74).

2. Un *veinticuatro* era «regidor de ayuntamiento de algunas ciudades de Andalucía, según el antiguo régimen municipal» (Chicarro, 2005: n.169).

Hasta este momento, Carlos y Doristea no se habían presentado formalmente. En su introducción, Carlos no describe a sí mismo sino a las aspiraciones nobiliarias y monetarias de su padre y de sus conocidos. En esta extraña presentación, explica Carlos: «soy hijo de don Juan Manrique. Mi padre es señor de vasallos; está en la Corte, en pretensión de que su Majestad le dé un título». Su presentación procede a explicar quién es su cuñado: «su nombre y apellido es don Luis de Guzmán encarezco su mucha calidad. Gozaba cinco mil ducados de renta de un hábito de Alcántara [...] Estaba siguiendo un pleito de un mayorazgo en gozaba otros tres mil, sin lo que tenía». Además, explica las circunstancias del matrimonio entre su hermana y Luis de Guzmán. Su hermana ya estaba comprometida a casarse con otro pero Carlos convence a su padre que era más atractivo el matrimonio con Luis «por no casarla con quien la sacara de la Corte» y enfatizaba «lo bien que a todos nos estaba el emparentar con un caballero de tantas prendas» (175-76). En efecto, Carlos nunca llega a describirse o presentarse, todo gira alrededor de las aspiraciones de sus contactos en las cuales cantidades de dinero, la Corte y el ascenso aristocrático son los aspectos medulares.

La familia de Carlos vive en la Corte y es ahí donde va con Doristea. Aún no sabe la verdadera identidad de Doristea pero el cortejar por parte de Carlos es descrito en términos de finezas materiales. Parte de este galanteo es por el paladar: «Mandó el cuidadoso amante a un criado que llevara dinero suficiente y las trajera de cenar». Luego, ordena que arreglen una estancia para Doristea: «dando don Carlos dinero para todo, se adornó una sala [...] con todas las alhajas a uso de Corte, tan lucidas que mostró el nuevo amante su fina voluntad [...] Sacóla cuatro vestidos a toda gala, con todos los requisitos de obligación para su adorno» (177-78). Tanto en la Corte como en las relaciones amorosas captadas, todo parece regirse por títulos y dinero.

Por el desliz con Claudio y otros sucesos, Doristea no ha revelado su verdadera identidad a Carlos y duda que Carlos querrá casarse con ella: «Más considerando que un hombre señor de vasallos y que aspira a tener mañana un título no se ha de casar conmigo». Pero, después de un tiempo, Doristea explica quien es y lo que le ha pasado y Carlos intenta convencer a su padre darle permiso casarse con ella. Todas sus razones tocan a cuestiones de dinero y fama ancestral: «En lo que toca a su dote, pasa de veinte mil ducados, sin la herencia de la hermana de su madre en cuya casa estaba, que pasan de diez mil. [su padre] Alejandro era de lo más calificado de Génova, lo menos fue Veinticuatro». Por fin, se otorga el consentimiento paterno y: «Visitábala todos los días, enviando tantos regalos que toda la comunidad participó de la abundancia. De galas no hay que decir; sólo diré que una literilla que le envió para que saliera se tasó en mil escudos». El día de su boda, hacen gala de las figuras nobiliarias que la escoltan: «la acompañaron para traerla a su casa veinticuatro coches de caballeros y títulos, y doce sillas de señoras tituladas» (182-88).

Al final de la novela, la autora no narra ningún dato sobre los detalles de la «dicha» de Doristea sino describe el ascenso nobiliario del padre de Carlos antes de su muerte: «A dos meses de casada, salió don Juan con su pretensión, dándole su Majestad un título de duque, nombrando uno de sus muchos lugares que tenía». El tío del villano Claudio que Carlos había matado, viene a reclamar la muerte de su sobrino. Pero, todo es arreglado monetariamente: «por dos mil ducados que le dieron, se apartó, y otorgando el perdón, se

ajustó todo con la condenación y gastos de justicia acostumbrados». El texto termina con una final feliz a raíz de nuevos ascensos nobiliarios: «Cuatro años vivió don Juan después del nuevo título [...] murió después de este tiempo, dejando a su hijo por heredero de los estados y nuevo título, colmando la dicha de su esposa con la heredada grandeza» (188-89).

La novela, como se ha demostrado, se abunda en detalles sobre la mentalidad materialista de la época. La dependencia de toda una enorme población a la Corte, el cabildeo persistente para conseguir títulos ascendentes para aumentar las entradas familiares, la importancia de la apariencia son nada más unos de los aspectos que ilustran la crisis de la España del siglo XVII. Si Maravall la documenta perfectamente en su texto *La cultura del Barroco*, Mariana de Carvajal la retrata en sus pormenorizadas descripciones en *Navidades de Madrid y noches entretenidas*. En ningún momento sugiero que sus novelas sean autobiográficas, pero las inquietudes que le plagaron en su vida como esposa de cortesano, y, después, como viuda con ocho hijos sin herencia, son intrametidas en todas las páginas de sus escritos. En particular, «La dicha de Doristea» representa esta obsesión por lo material, por el ascenso social, por la suficiencia de capital para ostentar riquezas, casarse bien y gozar de la estima social.

Favores, bailes y vestidos: La industria vence desdeñes

Una de las novelas más populares de Mariana de Carvajal es «La industria vence desdeñes». En este texto, la autora pinta el ambiente de las últimas filas de la aristocracia en vísperas de convertirse en burguesía. También, recalca otros temas que caracterizaban la época. Las descripciones, hasta el más mínimo detalle, son para justificar, reivindicar, e ilustrar cierto estrato de la sociedad que estaba en peligro de desaparecer. Por tanto, la manifestación y el énfasis en el exterior y en lo «contable», visible, y otros aspectos validados y reconocidos por la sociedad son acentuados por la escritora. En una carta, citada por Maravall, del Consejo Real a Felipe III: «ponía de relieve la abrumadora ley de la ostentación que rige en la capital, recalcando su lado negativo: en ella se vive «con leyes de la opinión, olvidada la de naturaleza que se contenta con lo moderado, que lo que luce y dura»» (Maravall, 1998: 251). Es precisamente *la ley de la ostentación* la que vemos plasmada por De Carvajal en la representación de sus personajes.

La novela gira alrededor de don Pedro y su sobrino Jacinto, hijo de Jacinta. El padre de Pedro y Jacinta, encarna las últimas manifestaciones de ciertos nobles que están en vías de extinción. La autora lo describe como: «un caballero [que] [...] gozaba un corto mayorazgo que llaman vínculo» (255). Como dictamina Chicharro (2005: 99) sobre Mariana:

Estamos ante quien se siente miembro de ese grupo social y que a él defiende y que en él se inserta por haberlo vivido. De ahí el papel que representa la baja nobleza en sus obras. En su momento la clase de los hidalgos no tiene ninguna importancia ni reconocimiento social y de ella huye [...] para instalarse en la de los caballeros [...] Es la clase que se sitúa un peldaño por encima de los hidalgos.

Vemos otras realidades de la situación española del siglo XVII y una incipiente burguesía. Jacinta aprendió «el arte de la música, para que a título de corista gozara en

un convento las conveniencias acostumbradas», mientras Pedro aprendió la pintura y a hacer «diferentes bordaduras de vestidos, cama y otras cosas, [hacia] galantes dibujos, con que don Pedro empezó a manejar dineros» (255-56). Efectivamente, los dos tenían habilidades para mejorar su estado económico y vivir con algo, quizás, de ostentación.

Los favores y recomendaciones son claves para la estabilidad eclesiástica de Pedro. Cuando Pedro desea subir en la jerarquía de la iglesia, se apoya en los contactos de antaño: «ya sabes que el cardenal don Jerónimo Zapata está en el Colegio Apostólico; fue amigo de nuestro abuelo, y no hay duda de que me ampare, sabiendo quien soy. Llevaré cartas de doña Juana Zapata, su hermana, y de otros señores» (257). Convive 17 años en Roma como ayudante de un cardenal, y, por fin, consigue su regreso a España. El Papa manda el Cardenal a Toledo y Pedro va con él como su limosnero. Otra vez:

su afán se cifraba en la obtención de un hábito, como la mejor y acaso única manera de ascenso social. [...] la posibilidad de obtener el codiciado hábito es el único incentivo que resquebraja el inmovilismo social [...] La estima que el hábito posee en la sociedad barroca trasciende la razón meramente económica, porque el poseerlo era una auténtica prueba de nobleza, de limpieza de sangre, de aceptación familiar y, [...] el primer paso importante en la jerarquía nobiliaria de entonces (Chicharro, 2005: 99).

Es claro, Pedro vive de su hábito, pero hay más narrativa sobre sus fiestas, tertulias y galantería que a su dedicación religiosa. Efectivamente, hay episodios en los cuales parece que De Carvajal se haya olvidado que su protagonista es hombre de la Iglesia.

Ejemplo de esto, es su actitud mercantil y materialista mientras regresa a España desde Italia:

hablando a unos mercaderes de lonja, trató con ellos hacer un empleo de telas de Milán, rasos de la China y Florencia, sin otras muchas y ricas alhajas que había comprado en las muchas almonedas, seguro de su ganancia por estar en uso en España el vestirse todos de tela: con muchos golpes los hombres en las ropillas abotonados, y las damas ropas de levantar con alamares de oro. [...] empleó una gran cantidad, aparte de lo que había comprado para el adorno y homenaje de la casa (260-1).

Es un fiel reflejo de los tiempos. Por un lado, muestra un creciente materialismo que se manifiesta en su plan de hacer negocios con las importaciones de Italia y del Oriente. Por el otro lado, ejemplifica el comportamiento que incita las quejas de la época sobre la afeminación de los hombres. Si los economistas del XVII hablaron de los defectos en la economía, otros culparon a los factores humanos de la época por la fractura financiera: «España se halla en grave peligro por ser «la gente toda tan regalada y afeminada» [...] Pellicer de Tovar señala como causas de la penosa situación del país los regalos y afeminaciones» (Maravall, 1998: 93-4). En 1635, fray Francisco de León dictamina: ««los hombres convertidos en mujeres, de soldados en afeminados, llenos de tufos, melenas y copetes y no sé si de mudas y badulaques de los que las mujeres usan»» (Maravall, 1998:94). Por su parte, Suárez de Figueroa comenta sobre:

los mocitos cortesanos e inútiles, de las hembras maquilladas y afectadas, de los «mariquillas de ahora: La vanidad de músicas y bailes entretiene los afeminados, y los hace vagar al afeite del rostro, al enrizo de los cabellos, al adelgazar la voz, a los melindres y caricias femeniles y al hacerse iguales a las mujeres en delicadezas del cuerpo» (Maravall, 1998: 95).

Esta misma tendencia del «afeminamiento» del hombre, se encuentra en los retratos de los hombres que pueblan estos textos. Los hombres «malos» son retratados como mentirosos, bruscos, y violentos y no hay mención de su vestuario mientras los hombres «buenos» son dibujados como músicos, pintores, poetas naturales que cuidan minuciosamente su vestir. Abundan descripciones de sus gustos que apoyan las descripciones de las preocupaciones masculinas por el vestuario y otros pasatiempos. Mariana hilvana en su novela varias demostraciones de estas costumbres, pero, para ella, no es una característica negativa sino una manera de hacer pertenecer sus protagonistas al señorío.

Don Pedro vive suntuosamente en una casa que colinda con otras y hace amistades con las alegres vecinas. Viene a vivir con don Pedro, su sobrino Jacinto. Jacinto es la manifestación de esta susodicha queja sobre los hombres y su obsesión para el arreglo personal. Primero de todo, su vestir es descrito cuidadosamente por la autora, también, su manera de bailar, cantar y componer versos. Jacinto, el sobrino de don Pedro: «danzó un canario con tan sazonadas y curiosas mudanzas» (267) que todos se quedaron embelesados. También, se viste para lucir con la moda del siglo: «estrenó don Jacinto una gala digna de un príncipe: era el vestido de tela rica noguerada, gala de soldado con mucha botonadura de diamantes, cabos blancos, bordadas las mangas, tahalí y pretina de medias cuentas de planta, con guantes bordados de lo mismo» (273-4). Don Pedro y Jacinto, estereotipos de la España del XVII, ejemplifican:

«la desesperada necesidad de supervivencia de una nobleza burocratizada en cargos rutinarios de la corte, y con el perenne prurito de buscar acomodo, vía casamiento o monasterio, a sus hijos. [como] [...] Don Pedro, ese perfecto representante de una nueva burguesía que aspira a recuperar el esplendor de la aristocracia mediante el casorio del sobrino [Jacinto] aventajado» (Chicharro, 2005: 99-100).

De nuevo, De Carvajal, incluye novelísticamente, aspectos que le afectaron mucho en su propia vida, pero, a la vez eran fenómenos generalizados del siglo.

También, en «La industria vence desdenes» aparece el inconveniente de los señores que destruyen sus familias con el vicio de las cartas. En esta novela, hay dos familias llevadas a la ruina por la desgracia de jugar naipes. Cuando don Pedro conoce por primera vez a su sobrino, Jacinto, exclama: «El deseo me has quitado de ver a tu madre: ¡no he visto cosa más parecida!». Jacinto le narra: «Prometo [...] que no la conociera de flaca, aunque se ha mejorado después que tuvimos aquel socorro, porque mi padre juega tanto que estaba la casa rematada, y apenas se alcanzaba para una triste olla y a la noche un guisado, y muchas veces faltaba» (142). Además, el padre de la prometida de Jacinto, Beatriz de Almeyda, es un ejemplo del sistema nobiliario que por su ociosidad, y, en este caso, otra vez el vicio de los naipes, ha despilfarrado su sustento familiar: «[Beatriz de Almeyda] [f]ue hija de un caballero del hábito, de lo más noble de Portugal; jugaba tanto

como vuestro padre [el padre de Jacinto], y las dejó tan pobres que no pasa el dote de mil ducados» (144). Otro detalle interesante en este relato es que las dos mujeres, tanto Beatriz como su madre, forman parte de una clase nobiliaria la cual, por motivos económicos, está obligada a trabajar: «Bordan casullas y otras cosas, y con esto sustentan una honrada familia» (144). Es parecido al caso de don Pedro que saca adelante sus estudios en Salamanca haciendo pinturas y dibujos.

Las novelas que componen *Navidades de Madrid* son retratos fieles de la nueva situación socioeconómica española del siglo XVII. Dibujan clases sociales que definitivamente han tenido mejores tiempos. Constituyen una clase nobiliaria que ya no puede subsistir con los ingresos percibidos y luchan para no perder terreno en el campo minado aristocrático que jamás podría ser recuperado. Los peligros tangentes a esta disyuntiva son la falta de una dote apropiada, y por lo tanto, la posibilidad de un arreglo matrimonial adecuado para las hijas y el riesgo de que tengan que casarse con alguien debajo de su rango. Además, parece, según los escritos de Mariana, que los naipes y la ludopatía eran otro golpe a la precaria situación de la empobrecida nobleza de la época. El conjunto de escritos retrata una Madrid en vías de cambios radicales, traspasando la frontera entre una sociedad obsoleta y una nueva burguesía trabajadora intentando aferrarse a sus títulos y costumbres de antaño.

Bibliografía

- CHICHARRO, D. (2005): «Introducción», en *Navidades de Madrid y noches entretenidas de Mariana de Carvajal y Saavedra*. Jaén: Instituto de Estudios Giennenses, pp. 5-123.
- DE CARVAJAL Y SAAVEDRA, M. (2005): *Navidades de Madrid y noches entretenidas*. Ed., introd., y notas de Dámaso Chicharro, Jaén: Instituto de Estudios Giennenses.
- MARAVALL, J. A. (1998): *La cultura del Barroco*. Barcelona: Ariel.
- SORIANO, C. (1993): «Prólogo», en *Navidades de Madrid y noches entretenidas, en ocho novelas de Mariana de Carvajal y Saavedra*. Madrid: Comunidad de Madrid, pp. 9-21.